

## UNAMUNO Y HEGEL

El estudio de estas relaciones intelectuales viene impuesto por varios trabajos recientes, por las numerosas referencias a Hegel en la obra unamuniana y, sobre todo, por la confesión de 1901:

Aprendí alemán en Hegel, en el estupendo Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano (Carta a Federico Urales, reproducida en *La evolución de la filosofía en España* (1901), Ed. R. Pérez de la Dehesa, Barcelona 1968, p. 161).

Omito una primera parte, interesante, aunque anecdótica, que explora por qué cauces conoció Unamuno al pensador alemán; la presencia de Hegel en España hacia 1880, la actividad de Unamuno como traductor, y las referencias explícitas a Hegel en la obra unamuniana, referencias justas en general, pero que no demuestran una ocupación muy detenida con sus escritos. Me limito a la comparación objetiva de dos sistemas en situaciones muy distintas, y voy a señalar sus principales puntos de contacto y sus radicales discrepancias.

El sistema de Hegel está expuesto globalmente en su *Enciclopedia esquemática de las ciencias filosóficas* (1817), y cada parte, de modo más amplio y con retoques, en sus famosas obras *Fenomenología del espíritu* (1807), *Lógica* (1812), *Filosofía del derecho*, etcétera.

Kant había construido su teoría del conocimiento dejando un resto incognoscible que llamaba la cosa en sí. Hegel contradice a Kant diciendo que no tiene sentido postular una cosa en sí más allá de la experiencia. En la sensación y percepción nuestro espíritu está derramado fuera de sí y se cree dependiente del objeto; pero si analizamos con cuidado esos fenómenos, veremos que el objeto lo construye, en última instancia, el espíritu. Desde esta convicción se opone a los románticos que dejan en

el universo restos inaccesibles de realidad y postulan para su conocimiento potencias distintas de la razón. Para Hegel todo lo real es racional y todo lo racional es real; lo que hay que hacer es superar el plano del entendimiento soñador de mundos abstractos, y acomodar dócilmente la razón a la marcha de la realidad.

La historia de la filosofía se divide, según él, en dos grandes épocas; la primera culmina en Spinoza y considera a la sustancia estática como realidad suprema; la nueva, se inicia en Kant: la realidad no es sustancia, sino espíritu, sujeto en desarrollo. Este desarrollo se da en dos planos: el individual —sensación, percepción, entendimiento, razón, espíritu— y el colectivo: los diversos pueblos que encarnan los distintos estadios del espíritu. Éste late todo de hecho —en sí— en cada momento de la evolución, pero no tiene conciencia refleja de ello; de ahí que cada momento sea verdad porque es realización del espíritu, y a la vez contenga su propia negación y destrucción, porque no es sino un estadio, y el espíritu debe llegar a su plena conciencia y libertad: a ser reflejamente —para sí— lo que es de hecho —en sí—. Ese juego de realidad y negación, verdad y falsedad es la dialéctica que, como se ve, tiene un claro sentido realista e histórico.

Si Hegel nos da un sistema de la realidad, el de don Miguel es un sistema de la existencia. Su obra debe ordenarse catalogando las preocupaciones que he hecho tuvo y que determinan las etapas de su vida y creación. Yo descubro tres preocupaciones sucesivas:

1. La científica, social e histórico-filológica. Obra más representativa, *En torno al casticismo* (1895).

2. A partir de la crisis de 1897, el tema de la razón y la fe con sus diversas ramificaciones: razón-decisión, ciencia-vida, amor y pedagogía, etc. Obra fundamental, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

3. A partir de esa fecha, relega a segundo plano la preocupación religiosa y se concentra en las íntimas escisiones de la personalidad; es la época de las novelas a partir de *Niebla* (1914) hasta *Cómo se hace una novela* (1927).

*San Manuel Bueno, mártir* (1930) supera toda división. Don Miguel se recoge en rolde, y en un momento supremo de inspiración, recaba los momentos más elevados de su vida y creación.

Los puntos de contacto entre ambos pensadores pueden resumirse en torno a los siguientes puntos:

1. La intrahistoria de Unamuno y la «innere Geschichte» de Hegel.
2. El sentimiento trágico de la vida y el concepto hegeliano de conciencia angustiada.

3. Razón y vida en Hegel y Unamuno.
4. Dialéctica hegeliana y paradoja unamuniana.
5. La idea de espíritu y su función histórica.

### 1. *La intrahistoria*

El término es traducción del hegeliano «innere Geschichte». Unamuno establece una oposición entre historia e intrahistoria; ésta es la sustancia, universalidad, tradición eterna; aquélla, ola pasajera de superficie. La intrahistoria la encarna el pueblo enraizado en la tierra, ajeno a las novedades y bulla de los políticos. El pueblo ignora las fronteras nacionales y vive en honda comunicación con todos los pueblos.

La concepción hegeliana es opuesta; el primitivismo es para Hegel algo prehistórico, natural; espíritu, igual a historia e historiografía, porque la historia escrita es la historia real hecha conciencia; la universalidad unamuniana de origen krausista y socialista, es en Hegel un sueño del entendimiento abstracto: el espíritu sólo se realiza en nacionalidades; y la oposición entre historia e intrahistoria es falsa. Lo que en Unamuno es oposición entre sustancia y apariencia, en Hegel es continuidad entre la sustancia y su aparición o manifestación.

Unamuno, sin embargo, abandonó pronto aquella amalgama confusa de krausismo, naturalismo y socialismo, y cuando pretende extraer de Don Quijote o del Cristo de Velázquez la religión nacional de los españoles, está siguiendo la línea hegeliana. Hacia 1918 Unamuno abandona el misticismo intrahistórico: la historia, producto de la conciencia y cruzada por la libertad, es lo único humano; lo que no es historia, es naturaleza, barbarie. Pero llegamos a *San Manuel Bueno*, y enhiesta en el picacho de la montaña, aparece una cabrera: «esa cabrera, Lázaro, forma parte de la naturaleza y no de la historia». Aquí la naturaleza no está equiparada a la barbarie; pero en sus últimos escritos predomina la identificación de historia y cultura a pesar de algunos retrocesos evocadores de su primitivismo juvenil.

### 2. *Sentimiento trágico y conciencia angustiada*

Hegel tiene un capítulo sobre la conciencia angustiada en la *Fenomenología del espíritu*. El espíritu percibe la dualidad de finitud e infinitud; él se siente finito y considera que debe sacrificar su conciencia individual al infinito distante; pero como el espíritu infinito no es distinto del indi-

vidual, aunque éste no lo sepa reflejamente, la conciencia individual se resiste al sacrificio y vive en la angustia de querer afirmarse creyendo que la afirmación es pecado. La angustia se supera cuando la conciencia humana se da cuenta de que no hay tal infinito fuera de sí, se reconcilia consigo misma y alcanza la paz; la conciencia angustiada es el estado del espíritu europeo en la edad media; la conciencia reconciliada en principio, el renacimiento.

El sentido trágico de Unamuno ocurre como lucha entre razón y sentimiento dentro del individuo. Hegel resuelve la angustia en la libertad y progreso de la edad moderna; Unamuno está de vuelta del progreso y busca un Dios personal y una inmortalidad a la manera como creían en ella «los ingenuos católicos medievales»; todo otro tipo de inmortalidad es pura metáfora.

Ahora bien, Unamuno supera el sentimiento trágico y llega en *El Cristo de Velázquez* y *San Manuel Bueno* al martirio resignado, a buscar la paz y libertad de espíritu en la conciencia civil, en un sentido no progresista, pero sí laico a la manera de Hegel.

El objeto de la conciencia angustiada hegeliana es distinto del que produce el sentimiento trágico unamuniano: el alma medieval no duda de la existencia de Dios; en Unamuno, en cambio, el sentimiento lo produce la duda sobre su existencia.

### 3. Razón y vida

El sentimiento trágico tiene dos aspectos: el religioso que acabamos de analizar, y el personal: la lucha íntima que somos por hacernos un alma, es decir, por llegar a ser algo definido. Unamuno siente obsesión por este tema en el plano individual; el hombre de carne y hueso es irrepetible y si no se logra, no volverá la ocasión perdida. Hegel, por el contrario, considera al individuo una función en los planes secretos del espíritu. En *En torno al casticismo* hay un claro reflejo de la idea hegeliana: «se les conoce en que abominan del éxito, del divino éxito, padre de la historia»; pero Unamuno abandonó pronto esa idea blasfema para afirmar que es satánico el sacrificio de un hombre en aras de ningún futuro y de ninguna causa abstracta (*Paz en la guerra*). La idea hegeliana, depurada de su satanismo, permanecerá en la idea unamuniana de libertad: «la libertad no es otra cosa que la viril conciencia de la necesidad» (OC, III, 107), y en la idea de religiosidad como cumplimiento del deber y como trabajo en el pueblo y para el pueblo.

Pero el individualismo unamuniano carece de un criterio para ver cuál es el deber en cada momento; así, mientras el historicista Hegel puede caer en un indigno conformismo político, el formalista Unamuno puede caer en la utopía y la indisciplina; y, cuando la reflexión, el jugueteo entre posibilidades opuestas le devora como un cáncer, cae en la inacción y el escepticismo. En Hegel la inteligencia o razón no puede ser más que coraje de realidad y, por consiguiente, no puede realizarse más que como acción: técnica o ideología, valoración. En Unamuno la acción política es consustancial a su vida desde que tenía doce años y mandó una epístola amenazadora a Alfonso XII, hasta que fue a su casa amenazado el 12 de octubre de 1936. Sin embargo, aun en los momentos de acción más decisiva, siente su conciencia desdoblada; su entendimiento ironiza sobre sus acciones; y así concluye que la inteligencia conduce a la voluptuosidad y al quietismo. Frente a la razón histórica y disciplinada de Hegel, Unamuno vive en lucha constante contra un entendimiento-fantasmía, que le atosiga.

#### 4. *Dialéctica y paradoja*

El término «dialéctica» tan usado hoy, sobre todo en contextos filomarxistas, es equívoco. Debemos distinguir tres sentidos: platónico, hegeliano y kierkegaardiano.

A) En Platón la dialéctica es la llegada a conocimiento a través de las posibilidades de sugerencia que tiene el diálogo. El hablar nos clarifica ideas que sólo teníamos vagamente, y sugiere otras que no teníamos. De este sentido técnico se deriva el vulgar, cuando decimos que un buen discutidor tiene una mente dialéctica.

B) El sentido hegeliano es profundamente realista y consiste en lo siguiente: en nuestro concepto normal de percepción, creemos ver superficies estáticas; de esa idea estática del objeto percibido, se ha pasado a una concepción estática de la sustancia. Cuando Platón llamó «idea» al objeto de nuestro pensamiento, no hacía sino trasponer al plano intelectual, el estatismo del objeto de la percepción, determinando el modo occidental de pensar hasta Spinoza. Hegel somete a análisis el fenómeno percepción y concluye que el supuesto estático no es sino un torbellino de movimiento; percibimos unas cualidades en principio aisladas; pero las percibimos en un medio que las une; percibimos ese medio en cuanto distinto de ellas, y percibimos esas cualidades como opuestas a sus contrarias. Pues bien, la dialéctica es la aplicación de esa fórmula de movi-

miento a todos los objetos de la naturaleza y a todos los contenidos de la historia, la forma de realización del espíritu, en el cual cada estadio asume, y por consiguiente anula a la vez que asimila el anterior en un estadio más desarrollado.

C) La dialéctica kierkegaardiana es la conciencia de la íntima contradicción de nuestra personalidad. Cuando esa íntima contradicción habla, en las afirmaciones más serias pone sin querer un cincuenta por ciento de ironía. Diríamos que toda la lucha de Kierkegaard y Unamuno se redujo al intento de superar esa íntima escisión: sabiéndose estetas por naturaleza, buscaron el estadio ético: lograrse en actitudes serias.

Pues bien, en Unamuno encontramos al principio un ejemplo de dialéctica platónica:

Suele buscarse la verdad completa en el justo medio por el método de remoción, *via remotionis*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de la afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha (*Catecismo*, Ensayos, I, 20).

En este texto no hay dialéctica hegeliana; la definición de la vida como resultante de lucha, más bien recuerda a Darwin; y en cuanto al método de exposición, lo que quiere es que el lector recree dentro de sí cuanto él va diciendo, con la misma intensidad con que él lo siente; pero ese esfuerzo de recreación es necesario para comprender cualquier texto de humanidades.

Junto a la platónica, se da en Unamuno la ironía kierkegaardiana, cuya expresión es la paradoja, figura de dicción que corresponde a la contradicción íntima. La contradicción íntima se supera en el consuelo de saber que ella es nuestra propia sustancia; y la lingüística, en la convicción de que un alma hermana construirá entre los bandazos y los extremismos, la visión justa de la realidad.

En vano buscaríamos dialéctica hegeliana a la cual es consustancial el sistema, de que Unamuno carece; tampoco se encuentra en don Miguel la idea de percepción, base del edificio de Hegel; sin embargo, tampoco es nuestro pensador un materialista mediterráneo para quien la realidad fuera sólo claras superficies estáticas. «Se teje y se desteje a un tiempo»; «por debajo de los ríos que van a dar en la mar, vuelven las aguas a la fuente»; en estas imágenes se percibe el dinamismo y la conciencia de lo misterioso, típicos de la dialéctica alemana; pero falta la fórmula con-

creta. La dialéctica es típica del pensamiento alemán; cuando el maestro Eckhart convirtió el Dios estático de Santo Tomás en *Lebensgrund*, en algo así como una zarza ardiente de vida que se crea a sí misma, puso la primera piedra de una tradición alemana que busca por debajo de los rostros serenos la orgía de Dionysos; recordemos a Hegel, Nietzsche y Heidegger, grandes enemigos de los ojos; don Miguel no es un materialista mediterráneo, pero menos se dejaría seducir por una fórmula, lógica o dialéctica, supuesto motor del cielo, la tierra y los infiernos.

### 5. La idea de espíritu

Pero si no dialéctica, la misteriosidad del mundo es una convicción fundamental en Unamuno. En *San Manuel Bueno, mártir*, Lázaro quiere fundar algo así como un sindicato católico; don Manuel le disuade: «nuestro reino no es de este mundo»; ¿y del otro?, dice Lázaro; don Manuel responde: «el otro, Lázaro, está también aquí, porque hay dos mundos en este mundo».

Don Manuel afirma el doble componente de la realidad: la apariencia y el mundo latente del espíritu que la sostiene y aviva. Como he dicho al hablar de la intrahistoria, Unamuno acentúa más que Hegel la oposición entre los dos planos; pero el resultado es idéntico: por debajo de toda superficie late la sustancia eterna; cualquiera que conozca los textos unamunianos se da cuenta de la fuerza que en ellos tiene el término eternidad; en todas sus críticas de tipo intelectual o político, la defensa del espíritu, del pensamiento, del rigor, es una obsesión aleccionadora; y precisamente cuando critica la ideocracia, lo hace porque ve en las ideologías criticadas la muerte del espíritu. Como reflejo de estas tesis abstractas, voy a fijarme en un tema del que ambos pensadores tienen una idea muy semejante: la visión del protestantismo.

Hegel ve en Lutero la primera expresión de libertad moderna frente a la religión angustiada y ceremoniera de la Edad Media católica; sin embargo, critica a Lutero por su afán de restaurar el cristianismo primitivo, pues el cristianismo primitivo se nutre de la presencia aparential y figurativa de Cristo, y la marcha del individuo —Cristo— con la venida del Espíritu Santo, supone un progreso hacia la madurez e inteligibilidad en el cristianismo. Lutero no se da cuenta de que la historia es el despliegue del Espíritu Santo.

Unamuno piensa de idéntica manera; el protestantismo, agarrado a la Biblia, palabra escrita, representa un estadio inferior al catolicismo, que

reconoce como fuente de revelación a la tradición viva y, por consiguiente, a la historia. Aunque Unamuno desdeña las formas externas católicas, concede que el catolicismo ha sido más consciente del carácter histórico del cristianismo. El santo espíritu que rige la historia, no admite retornos.

¿Qué podemos concluir de estos análisis?

1. Este trabajo, como los incontables que existen sobre «Unamuno y...» demuestra una vez más el valor de sugerencia y estímulo de nuestro pensador; pero éste, como esos incontables, deja las cosas en vilo, mientras no poseamos un estudio profundo de Unamuno en sí, fuente primera de sí mismo.

2. Nuestro pensador es *en el fondo* hegeliano; pero sólo en el fondo; sus ideas fundamentales se contrastan y, por consiguiente, se comprenden mejor, cuando se conoce a Hegel; pero no se puede hablar de influencia; las coincidencias vienen de que todo gran pensador piensa los temas de todos los grandes pensadores, y de que Hegel es, si no el creador, el que ha definido, sistematizado y dado luz en los temas fundamentales del pensamiento moderno; la obra de Heidegger es un constante diálogo con Hegel, y la terminología heideggeriana sería imposible sin el precedente hegeliano.

3. El gran pensador alemán murió en 1831; don Miguel nació en 1864; entre ambas fechas se dan el marxismo, Kierkegaard, Nietzsche, el positivismo histórico y sociológico, el krausismo y la filología naturalista. Todos denigran a Hegel y, como nota Unamuno, todos viven de las migajas de su mesa. El estudia con ahinco a Hegel y sus sucesores; como español, sin tradición filosófica nacional, su obra de principio revela un amasijo de lecturas extranjeras; pero, cuando encuentra su camino, las influencias del principio se quedan en meros reflejos asimilados a su pensamiento personal. Don Miguel queda enmarcado en su generación y no vive de filosofías pasadas, porque la historia es marcha y él marchó con plena conciencia y entrega.